

CARAPACHIBEY



Domingo Ramón Martínez Hedman

DOMINGO MARTÍNEZ HEDMAN

CARAPACHIBEY



CARAPACHIBEY
DOMINGO MARTÍNEZ HEDMAN
© Editorial: Vision Libros
Avenida de Asturias S/N Impares local 5
Semiesquina a Plaza Castilla 3 28029 Madrid (España)
Tel: 0034 91 3117696 url: www.visionlibros.com

Obra registrada en Cuba
Número de registro 2184-2006

ISBN: 978-84-9886-254-6
Depósito legal: M-

Ilustración de cubierta: Belial, Wilfredo Lam, 1947

Diseño base cubierta: © Marián González
reflejandoelazul@visionnet.es

Maquetación: © Magda C. Vargas Del Valle
magdac_vargas@visionnet.es

Producido por Liber Factory. C/ Cuatro Amigos 5 Post.
28029 Madrid (España) produccion@liberfactory.com

Vision Libros, en su deseo de mejorar sus publicaciones
agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan:
sugerencia@visionlibros.com

Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser
reproducida, ni registrada, sin el permiso previo por escrito de
los titulares del copyright.

Alejandro ojeó el artículo que pensaba remitir a su editorial receloso, por temor a la censura. Sopesaba las ventajas y desventajas que la publicación podría ocasionar. Acercó su mano libre a la mesa, tanteando con sus dedos para localizar la copa que se había servido minutos antes, sin quitar la vista del documento; por fin sintió el frío que trasudaba y la tomó. Bebió de un tirón el trago de vodka y reinició la lectura:

...Supongo que lo primero que uno debe hacer en la vida es estimarse. Ya bastante tenemos con lo que dirán los inquisidores. En mi caso es muy difícil. Quizá en Europa resulte fácil, pero en mi tierra, ¡je!, entre las ruinas los guardianes doran las antorchas a la espera de algún hereje. Aquí lo mejor que puedes hacer es mezclarte con el torrente que acecha en busca de diferencias. A veces es una simple tumbona lo que las distingue o una guitarra gimiendo el almuerzo de tus hijos o las arenas blancas, que nunca conocerás. Es difícil, muy difícil estimarse en mi tierra. Sólo al escuchar sus ritmos y ver a todos bailar, sin distinción, te sientes importante. Es ahí cuando gritas con una fuerza desconocida, que se genera entre la garganta y el estómago: ¡Carajo, yo soy de aquí! ...

...Otro nudo a desenredar es la sinceridad. ¿Cómo decir lo que llevamos dentro? Vivo en un lugar donde hasta la sombra puede espiarte. A Luis, mi vecino, lo “congelaron”



por rebelde. ¿Y qué había hecho? No estar de acuerdo con la mayoría. Es posible que por eso lo llamaran el sociópata, pero... ¿La mayoría de la gente siempre tiene la razón? ¿Será cierto incluso que es la mayoría? Si la verdad es tan relativa como alguien profetizó, ¿entonces somos un grupo de elementos que vaga por el universo? ¿Dónde terminan nuestras sensaciones? Constantemente nos enseñan a juzgar el pasado. Con el presente es peligroso liarse y conviene mirarlo de soslayo para no acabar como Luis, mi vecino...

Alejandro dejó el manuscrito encima de su mesa de trabajo, junto a una carta que había recibido firmada bajo un seudónimo del que había leído muchas obras. Volvió a buscar la copa a ciegas y apuró otro trago. Tomó un cubo de Rubik. Intentaba atenuar su ansiedad, cuando se detuvo al sentir el repiquetear del reloj de pared. «Son ya las once de la noche», comprobó. Le inquietaba el movimiento incesante del péndulo. La vida la consideraba un constante vaivén. A la derecha y allá corrían todos; a la izquierda y de nuevo atrás. «Romper la monotonía con un salto sería interesante, pero los humanos somos muy conservadores. Nos cuesta trabajo aceptar los cambios, sobre todo cuando llevan implícito un riesgo. El salmón no. El salmón se mueve contra la corriente. Por eso muere. Dicen que va a desovar. Eso dicen. Es posible que el salmón sea otro sociópata en el mundo submarino».

Las ideas fluían desorganizadas por la cabeza de Alejandro. Su vida había cambiado de repente. «Y ahora para colmo de males esta carta; ¿por qué a



mí? Tendré que inventar un espacio. Quizá encuentre la felicidad en esta aventura, ¿y qué es la felicidad si no una pompa efímera? De pequeño sí se es feliz. No nos damos cuenta. El ciclo es corto, no podemos atraparlo. ¡Mira que he intentado hacerlo! Me sucede igual con la Biblia que tantas veces he leído. Ese sí es un gran libro. Gerardo le ha hecho algunos cambios. Es que ese niño, con sus escasos nueve años, es un genio. Nenita también le modificó un capítulo. ¿Habrán reunido a todos los niños genios en mi barrio? Mañana voy a ver a Lucio Callado. Al final alguna historia sacaré de esa visita y si no, al menos saldré de la rutina que me corroe. Tendré que hablar, advertirán mi complejo; de todas formas mañana iré a ver a Lucio Callado».

El alba desteñía la noche. Desde el mirador de su apartamento, en la novena planta, frente al malecón, Alejandro disfrutaba de una de las vistas más bellas de la ciudad. La mar agitaba los veleros que habían arribado luego de la faena nocturna. Los pescadores, con su trasiego de cajas de pescado y el bullicio al contar sus historias, rompían el silencio. Algunas parejas de trasnochadores, tal vez ocasionales, se despedían espantadas con los recién llegados.

Alejandro comenzó a recoger los artículos revisados durante la madrugada y apagó el ordenador. Se dirigió a la cocina, donde encontró el desorden habitual y abrió el frigorífico, tomó un pote de zumo de



naranja y regresó a contemplar la mañana tras el ventanal. Las olas llegaban como un gemido a la costa. Un pelícano se lanzaba en su baño matutino, buscando algún pez. La pugna, cotidiana, había comenzado.

La reja del jardín estaba entreabierta. El viejo muro de la casona, con sus ladrillos descarnados, sugería las dificultades económicas de los inquilinos. Alejandro entró con sigilo, todos sus sentidos estaban en tensión. Un hilo de sudor corría por su frente; temía ser agredido por un perro, no olvidaba el mordisco recibido en su niñez. «Estas mansiones, aunque estén destruidas, siempre tienen alguno. Esto les da glamour», murmuraba. Superada la sensación inicial de desconfianza, emergió otra que lo seducía. «De nuevo ese olor, ¿por qué?». Ese olor le taladraba la médula sin poder explicar su sentido. Ese olor a hierba y fango que le traía tantos recuerdos. Una gritería infantil lo sacó de su reflexión.

—Buenas señor.

—Bu-buenas —dijo Alejandro—, ¿aquí vi-vive Lucio Callado?

—Sí, el abuelo —respondieron a coro.

—¿Y to-todos us-ustedes son nietos de él?

—De crianza —contestó un pelirrojo con estampa de líder.

—¿Dón-dónde puedo ver-verlo?



—Allí está, detrás de aquel árbol –volvieron a responder a coro, ocultando una risilla.

Alejandro se despidió. Ahora escuchaba una melodía que parecía venir de la casa. Gustaba de la buena música, sobre todo la clásica, pero aquella cadencia un poco monótona, que brotaba por la ventana, no le agradó. Decidió no escucharla. Él era capaz de concentrarse y olvidar que el mundo existía. Esa cualidad le había ocasionado algunos problemas. Se internó en la espesura del patio, en busca de Lucio, y un cosquillear le subió desde la barriga hasta el cuello.

—Buenos días –dijo–.

—Buenos días –repitió el viejo al volverse–, ¿quién es usted?

El joven le entregó una tarjeta de presentación y esperó a que terminara de leerla.

—Aquí dice que usted se llama Alejandro Lima y es periodista.

—E-exactamente y usted es Lu-Lucio, ¿no?

—Sí, Lucio Callado.

A pesar de los años, Lucio parecía haber sido un hombre corpulento. El cabello blanco y las cejas negras, pobladas, le daban un doble aspecto de mansedumbre y aspereza. Unas gafas plásticas, con gruesos cristales, ocupaban gran parte de su cara. Alejandro tendría poco más de treinta años. Era delgado, de tez muy blanca. Sus ojos claros, vivaces y sus ademanes refinados le hacían aparentar menos edad. Lucio se encontraba arrodillado y comenzó a levantarse.



—Discúlpeme, carapachibey, los años son los años —dijo, procurando enderezar su espalda.

—To-todos llegamos ahí, se-señor, si antes no...

—Por lo menos a eso se aspira, aunque tiene su desventaja; figúrese que cuando yo tenía su edad medía más de seis pies y ahora no llego ni a los cinco.

—Ese es un pre-precio que hay que pa-pagar, ¿no?

—Indudablemente, pero vamos a entrar a la casa que hay mucho sol aquí afuera, y así me explica a qué debo su visita.

Alejandro asintió, al tiempo que se tapaba la boca con un bostezo fingido. Lucio llegó a la puerta y se quitó las botas, que estaban enfangadas; percibió una sensación placentera en sus pies. Se colocó unas pantuflas y, señalando con la mano, le cedió el paso a Alejandro. El amplio recibidor mostraba unos muebles pasados de moda. Los sillones de caoba con tallas admirables, el cuero trabajado y las figuras en sus respaldos no eran ya frecuentes. Unas grandes columnas de mármol se alzaban hasta el techo. El piso era de granito blanco jaspeado por partículas negras. Un jarrón de porcelana se erguía encima de una mesa, junto a un elefante del mismo material situado de espalda a la entrada. A primera vista todo parecía perfecto; sin embargo, a Alejandro nunca le hubiera gustado vivir en una casa así. En ellas siempre está la frialdad convocada, la presencia morbosa de la ausencia, la muerte y el desconsuelo. No. Prefería su modesto apartamento. Una fotografía de familia se hallaba a la derecha de la puerta. Alejandro creyó viajar en el tiempo y presumió que desde sus



inicios el mismo ajuar decoraba la casa. Eso sí, la limpieza era impecable. A través de la ventana se oía el cuchichear de los niños y los más osados trepaban hasta el antepecho, deseosos por presenciar algún evento insólito...

—Siéntese, por favor —invitó Lucio.

Alejandro sacó un pañuelo de su bolsillo, comenzó a secarse el sudor, se sentó y dijo:

—Mire, vengo in-interesado por la vida del Antílope, quiero ha-hacer un ensayo sobre él, usted sabe que...

—¡Por el Antílope!

El rostro de Lucio adquirió un tono violáceo, las cejas simulaban fundirse con las gafas, dando la impresión de que se trataba de un enorme insecto. La boca, deformada por el bramido, lo revelaba como el prototipo de hombre colérico. Alejandro dio un salto en la silla, no esperaba esa respuesta del viejo. Tal vez debía haber empezado de otra forma. Nadie sabe qué hubiera sucedido, si hubiese comenzado adornando su discurso, explicando un poco mejor quién era. Pero él era un importante escritor. Muchas personas conocían su trabajo. Probablemente este hombre no. Este hombre parecía ser poco instruido. «¿Para qué lleva esas gafas? ¿Qué uso les dará?, prejuicios...», pensó Alejandro, que de pronto titubeó al comprender la difícil tarea de medir la inteligencia de una persona, por el hecho de llevar colocado o no un artefacto en la nariz. Sin embargo, los modales rudos de su anfitrión, su vestimenta



y su cara, no le mostraban ninguna señal de inteligencia. Alejandro interrumpió sus conjeturas; tomó aire y preguntó:

—Sí, ¿por qué ese a-asombro?

—¡Y todavía lo pregunta!

Lucio se golpeó la pierna, y ojeó a su alrededor, como si reclamara el consentimiento de los personajes de la fotografía; pero al notar su mutismo, continuó:

—Fíjese, señor, yo no sé mucho de ensayos, pero sí bastante de la vida; no por gusto tengo tantos años, ya son setenta, y si...

—Es-escuche, Lucio...

—Espere, espere, si ha venido a ayudar le puedo arrimar el hombro, pero si ha venido para intrigas puede coger por esa puerta y perderse; esto se lo digo con el mayor respeto, carapachibey, yo soy así de claro, igualito a la luz que tiene encima de su cabeza.

—Usted no-no me ha en-entendido bien —los labios de Alejandro se apretaron, unas arrugas surcaron su frente—, si he ve-venido es porque el mismo Antílope me lo pidió.

—¿El Antílope le dijo que viniera aquí?

—Como se lo estoy contando, mi-mire esta carta manuscrita que recibí.

El viejo comenzó a leer.

Estimado señor Alejandro Lima:

Creo que ya es hora de que se conozca mi historia. Perdone la extraña manera de presentarme, pero por ahora es necesario. Le ruego que con la más absoluta prudencia



visite a mi amigo Lucio Callado, que vive en la dirección que le adjunto al final. Si hago esto es porque ya no me acompaña la salud. He seguido muy de cerca su trabajo y pienso que nadie como usted puede revelar mi vida.

Saludos

El Antílope.

Al final de la carta estaba la dirección de Lucio. No existía duda, el Antílope había escogido a Alejandro.

El joven cruzó los brazos en señal de victoria. «Es bueno comenzar una relación, por corta que pueda ser, ganando la primera batalla», pensó.

Lucio echó un vistazo al periodista y dijo en un tono más relajado:

—Ya ve, esto es otra cosa, la letra del Antílope la conocería hasta en la penumbra.

La cara de Lucio recobró tranquilidad. Alejandro llegó a creer que las cejas le habían desaparecido «¡qué interesante! —rumió—. ¿Cómo un hombre puede cambiar tan rápido su fisonomía?». Una presuntuosa sonrisa dejaba ver ahora los amarillentos incisivos del periodista, que quiso prolongar la polémica:

—La luz que tenemos en nuestras cabezas ha-hace muchísimos años no existía.

Lucio no dijo nada. Estuvo contemplando al joven varios segundos. Caminó hacia un armario situado en una esquina del recibidor, extrajo de él un reloj que colocó en su muñeca izquierda y miró la hora. Se encontraba de espalda a Alejandro, quien



seguía paso a paso al viejo, ansioso por conocer su respuesta. Lucio todavía sin voltearse, contestó:

—Usted es de armas tomar.

El joven tosió. Lucio dio unos pasos, giró con brusquedad y se encaminó hacia Alejandro, diciéndole:

—Hacía tiempo que no chocaba con nadie, es usted una persona interesante.

El clima de la conversación se fue tornando tenso. El viejo embestía, mientras Alejandro contraatacaba. Lucio llevaba camisa a cuadros azules y blancos, de mangas cortas, un pantalón gastado en las rodillas, y las pantuflas que se había puesto a la entrada de la casa parecían tan viejas como él. Alejandro vestía camisa de hilo, pantalón de color beige y zapatos de cuero. Sus manos sostenían un pañuelo que estrujaba con fuerza. Lucio no dejaba de mirarlo. Escudriñaba en el rostro del joven alguna señal que le permitiera calibrar su naturaleza. Alejandro, contrariado, le devolvió la mirada al tiempo que decidió volver a la carga.

—Imagino que haya muchas co-cosas que usted no-no sepa de la vida íntima del Antílope.

—Equivocado, periodista, equivocado, ¿por qué cree que lo mandó a mí?

—No sé, quizá porque sa-sabe lo mucho que usted lo aprecia y quiere que sal-salga a la calle su verdad.

—Jajaja —Lucio rió de manera estrepitosa con un raro centelleo en los ojos.

—¿Por qué e-esa risa?



—¡La verdad, carapachibey, la verdad es muchas veces la mentira más grande envuelta en generosas palabras para convencer a los que quieren oírla! —el pez se había soltado y nadaba resuelto buscando aguas profundas.

—En ocasiones tam-también sirve pa-para los que no la quieren o-oír.

—Las menos de las veces, periodista. Por cierto, ¿cómo dijo que se llamaba?

—Alejandro Lima. Pero dígame, Lucio, ¿qué relación tiene us-usted con el Antílope?

Lucio comenzó a recorrer el salón. Llevaba los brazos separados del cuerpo y la cabeza inclinada hacia delante, tratando de no perder el equilibrio. Miraba de reojo a su interlocutor, que estaba concentrado en espera de una respuesta. De pronto se detuvo y dijo:

—Periodista, eso no voy a poder aclarárselo en esta ocasión. Es una historia muy larga, hay que ir poco a poco, ¿no lo cree así?

Alejandro asintió con la cabeza, mientras levantaba los hombros en señal de inconformidad, pero no dijo una palabra. Lucio comenzó a brindar un rosario de justificaciones que no convencieron al joven, quien notó al viejo huraño. Tal vez sólo fuera una sospecha, pero la forma en que terminaba esta primera entrevista lo había decepcionado. Después, Lucio le extendió su mano en señal de despedida y se encaminó a la puerta.

—Es que tengo otro importante compromiso que atender; si lo desea continuamos mañana, ¿qué le parece? —dijo.



—Es e-evidente que no ten-tengo otra opción.

El viejo acompañó al visitante hasta la salida de la casa. Alejandro, antes de marchar, miró al jardín y dijo:

—Lucio, el color de esa flor siempre me ha gustado, ¿puedo lle-llevármela?

—¿Usted está nervioso, Alejandro?

—No, ¿por-por qué lo pregunta, por mi tar-tar-tartamudez?

—Es que es difícil creer que sea periodista.

—¿Por qué? —repitió Alejandro, haciendo un esfuerzo por no trabarse.

—Pues, porque en esa profesión se necesita tanto del lenguaje que... ¿cómo fue que se decidió por ella?

—¡Ah!, eso fue con mu-mucho esfuerzo; más tarde me dediqué a la palabra es-es-escrita, ¿me entiende?

Lucio comprendió su indiscreción, contrajo la frente y dijo:

—¿Cuál flor quiere, la de nomeolvides?

—No sé si se llama así, es la mo-morada.

El viejo quedó aturdido un instante; se sobrepuso y señaló:

—Sí, carapachibey, es la de nomeolvides, por supuesto que puede llevársela.

Lucio arrancó el ramillete, al observar la indecisión de su huésped, y se lo dio. Después con un tono pícaro dijo:

—Las flores y sus colores tienen una interpretación, en este mundo todo tiene una explicación y cuando no la tenemos la inventamos—. Alejandro

